



DIA II.º

HUIDA Á EGIPTO.

Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi, futurum est enim, ut Herodes querat puerum ad perdendum eum.

Matth. II. 15.

Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, donde estarás hasta nueva orden, porque Herodes buscará al Niño para quitarle la vida.

SEÑORES:

Estas palabras intimadas de órden de Dios y por ministerio de su ángel al santo patriarca Josef, al

mismo tiempo que nos dan ocasion de meditar sobre la mansedumbre de Jesucristo, sobre el dolor agudo de su Madre en toda esta jornada intempestiva, y su rara conformidad con las disposiciones del Todopoderoso, nos presentan muy al vivo en la conducta de Herodes los efectos lamentables de la ira, segundo vicio entre los capitales.

¡Torpe razon humana! tú no podrás jamas comprehender cómo el Hijo del Dios fuerte é irresistible, que hizo naufragar al mundo entero y perecer en un diluvio; que destruyó con fuego del cielo las ciudades infames de Pentápolis; que anegó en el mar Roxo á Faraon con sus tropas; que destruyó á los idumeos con serpientes de fuego, y á los exércitos de Senaquerib por la espada de un ángel; cómo, repito, un Dios que toca los montes, y los convierte en humo, y á cuya vista se derriten sus enemigos como cera, ha podido te-

mer la ira y furor de un hombre, obra de sus manos (á quien podia exterminar con el mas leve soplo de su aliento), y huir de su presencia para evitar la muerte.

Raciocinadores importunos, hombres carnales, vosotros ignorais las cosas del espíritu. Cuando en obsequio de la fe cautiveis vuestro entendimiento, conoceréis que la persecucion de Jesucristo, su rara mansedumbre, y la conformidad paciente de su augusta Madre entre sus mayores aflicciones, todo iba dirigido en las sabias miras de Dios á vuestra salud eterna, y á la correccion de vuestra ira, que tanto os aleja de vuestro fin último. Esta es en substancia la materia de un breve discurso, que para darle algun orden dividiré en dos reflexiones. En la I. os daré á conocer la ira y sus fatales consecuencias; y en la II. los documentos que para corregirla nos ofrecen Jesucristo y su dolorosa Madre en esta célebre jor-

nada: Pidamos las luces necesarias, postrándonos con sumision ante aquel augusto y soberano Señor Sacramentado.

I. Cuando se trata de combatir un vicio, es necesario ante todas cosas conocer bien en qué consiste, para no aprender por luz las que en sí son tinieblas. Esta palabra *ira* es de suyo equívoca, indiferente al bien y al mal, al mérito y al demérito. Dirigida por la razon y la justicia, puede ser meritoria en muchos casos. Nadie ignora que Moisés y David, cuya mansedumbre nos recomiendan las santas escrituras, se llenaron mas de una vez de ira contra la malicia de los pecadores. ¿Pero qué mucho? ¿No sabemos que Jesucristo mismo, exemplar y modelo de la mansedumbre, devorado de zelo por la honra de la casa de Dios, arrojó del templo con un látigo á sus profanadores?

No peca pues contra el espíritu

de lenidad el que concibe ira contra los delitos, principalmente si está obligado á corregirlos y castigarlos. Esto es lo que David nos enseña cuando dice: airaos, y no queráis pecar. A esta ira llama S. Agustin justa y santa, y nos pone por exemplar la que concebimos contra nuestros pecados en la penitencia. Justa asimismo y loable, como incitada, aprobada y aun mandada por Dios, fue la que manifestó Moysés quebrando las tablas de la ley, y cuando mandó quitar la vida á tantos de sus hermanos en castigo de su idolatría. Justa y santa la que movió á Finees á entrar en el lupanár, y dar muerte al israelita escandaloso y á su cómplice. Justa y santa la que incitó á Samuél cuando á presencia de todo el pueblo quitó la vida al rey Agag, á quien Saúl, contra el orden de Dios, habia perdonado. Nada digo del zelo de Elías contra los falsos profetas de Baal, ni del de otros muchos héroes

de santidad, que movidos de ira y de ódio contra el pecado, han zelado la causa de Dios. No es pues esta la ira que la moral condena, ni la que yo pretendo desterrar del pueblo cristiano como uno de los vicios capitales.

Hablo de la ira en cuanto es un apetito desordenado de venganza y de implacable furor contra el próximo. Las escrituras nos presentan innumerables exemplos de insignes pecadores, que dexándose arrebatados (y á veces por causas levísimas) del espíritu de ira, incurrieron en gravísimos crímenes, que los arrastraron al abismo. Aqui vemos á Saúl, que al oír los coros de las doncellas que alababan á David por haber quitado el aprobrio de Israel, dando muerte á Goliath, poseído de ira y de furor, le persigue con ódio implacable, poniendo continuamente asechanzas á la vida de este jóven príncipe, formado segun el corazón de Dios, y elegido para conductor y ge-

fe de su pueblo. Allí vemos á Nabucodonosor, que arrebatado de la ira, manda encender un horno, cuyas llamas subian á mas de cuarenta y siete codos de altura, para arrojar en ellas á tres niños israelitas, que no habian querido doblar la rodilla ante la estatua que habia erigido para recibir adoracionés. Aquí vemos al soberbio Amán, que encendido en ira contra el inocente Mardoqueo porque no se levantaba ni descubria cuando pasaba cerca de él, conspira contra la vida de este justo, preparándole para el suplicio una horca de cincuenta codos de alto; y pareciéndole poco, obtiene el régio decreto para el exterminio de todo su pueblo en una misma hora. Allí vemos el extremo de ira y de furor á que se dexó arrastrar el impio Antíoco contra todos los israelitas que rehusaban apostatar del verdadero Dios, y ofrecer incienso á sus ídolos. Aquí.....

¿Mas para qué me canso en multiplicar exemplos de los excesos á que arrastra la ira? ¿Cuál fue la causa de la huida á Egipto, sino evitar el furor de Herodes, que desde la venida de los Magos habia conspirado contra la vida del Unigénito de Dios hecho hombre? ¿No le reduxo su ira al extremo de crueldad de dar muerte en Belén y en sus confines á todos los niños que no pasasen de dos años, no fuera que se libertase el nuevo Rey de Israel, que los Magos habian venido á adorar desde el oriente, conducidos por una estrella milagrosa? ¿No podré yo concluir de aquí, que la ira de Herodes fue en esta ocasion una aguda espada que penetró el corazon de María?

¿Ah! ¿quién es capaz de ponderar dignamente la afliccion de esta gran Reyna al considerar el peligro en que veía á su amabilísimo Hijo! Lo intempestivo de la órden del cielo, la

obscuridad de la noche, la falta de equipage para tan larga jornada, lo riguroso de la estacion, el miedo de caer en manos de los asesinos, la peregrinacion á tierra extraña y por tiempo indefinido, las incomodidades del camino, la habitacion entre idólatras, los mas supersticiosos del mundo; ¡qué objetos de tanta afliccion y dolor para María!

¡Horrible monstruo de la ira, exécrable á los ojos de Dios! ¡qué terrible amargura no causarías en esta ocasion en el corazon amante y compasivo de nuestra augusta Madre? ¡Y qué de males no has causado en todo tiempo, y causas diariamente en la sociedad? ¡Qué de muertes injustas no has executado? ¡Qué de ciudades populosas y florecientes no has destruido? ¡Cuántos héroes de ciencia, de virtud, de prudencia no has sacrificado? ¡Qué mas? Tú enciendes la indignacion, animas el ódio, excitas el clamor, promueves las injurias,

las riñas, las blasfemias: los vicios todos participan de tu iniquidad: tu aliento pestilente lo inficiona todo.

¿Qué cosa mas detestable que las discordias? decia un filósofo antiguo. La ira las fomenta. ¿Qué cosa mas cruel que el asesinato? La ira lo persuade. ¿Qué cosa mas funesta que la guerra? La ira la inflama. Cuando arde en el pecho extingue todos los afectos, y es tan imperiosa su tiranía, que convierte el amor en ódio, y la misericordia en furor.

Mas yo me canso inútilmente en persuadir los funestos efectos de la ira, que la triste experiencia de cada dia os enseña, y que experimentais acaso en vosotros mismos. Tratemos pues con la brevedad posible de los medios de corregir este vicio capital.

2 La virtud opuesta, y solo capaz de sujetar á este monstruo, es la mansedumbre. Esta refrena el furor, reanima la paciencia y la conformidad, dulcifica el ánimo, y quebranta la

irá, según la expresión de los Proverbios. Esta virtud, dice un sabio, contiene ó supone las demás. Es cierta especie de efusión del Espíritu Santo en el alma, y como un indicio de la plenitud de Jesucristo en nuestros corazones. El que carece de ella, ni es perfecto cristiano, ni está animado del espíritu de Cristo. El mismo Señor llama bienaventurados á los que la poseen, y convida á todos á que le imiten en la mansedumbre y humildad de corazón. Prescindiendo por ahora de otros ilustres ejemplos que sobre la práctica de esta virtud nos presentan Hijo y Madre desde el pesebre hasta la cruz, limitémonos á considerar por un momento la mansedumbre de Jesucristo y de María en toda esta jornada. Avivad aquí vuestra fe.

El que sufre la persecución y huye de la ira de Herodes en esta ocasión es el Autor de la naturaleza, el Criador de todos los seres visibles é invi-

sibles, el que extendió como un hermoso pabellón los cielos, y sostiene con tres dedos toda la masa de la tierra, el que puso términos al mar, el Dios fuerte é irresistible, en cuya presencia todas las cosas son como si no fueran. ¡Con cuánta facilidad podía haber exterminado á Herodes en castigo de su atentado! Mas no son lecciones de cólera ó de ira las que viene á dar al mundo. Viene á enseñar mansedumbre á sus discípulos; porque ella es el ángel custodio de las demás virtudes. Conforme en todo y rendido á la voluntad de su Padre celestial, que le ha enviado á redimir al mundo, á manera de un manso cordero, sin voz, humillado, pronto á entregarse al sacrificio, y como si no tuviera redarguciones en sus labios, posee su alma en paciencia, en espíritu de lenidad y de mansedumbre.

Por lo que hace á su santísima Madre, aunque afligida hasta el fondo de su alma en toda esta penosa y

dilatada peregrinacion, atendido el peligro é incomodidades del Hijo, tenia su corazon preparado, como la tabla del pintor, para que el Señor formase en ella el diseño segun su benéplácito. Verdadera imitadora de Jesucristo, se humilla con resignacion, y abraza con mansedumbre los trabajos y la cruz que le ofrece en esta jornada el Padre celestial. Las montañas mas ásperas y elevadas las suaviza y allana su rendida obediencia á las órdenes del cielo. Ceñida á cumplir la voluntad de Dios, mira como prados deliciosos y sembrados de flores los desiertos y arenales de Egipto; y á manera de una ligera nube, segun el vaticinio de Isaías, entra en aquel reino, llevando en sus brazos al Señor, á cuya presencia se conmueven y caen por tierra todos los falsos simulacros.

Tal fue, señores, el resultado de esta célebre jornada, dispuesta por Dios para librar á su Hijo de la ira y

furor de Herodes. En vez de exterminarlo, quiso tolerar con mansedumbre el atentado de aquel príncipe, para darnos exemplo, y enseñarnos á dar lugar á la ira.

Hé aqui el medio mas prudente de corregir los funestos efectos de un vicio tan violento: medio acreditado por la práctica de los mayores héroes de santidad; medio intimado á todos los fieles por el apóstol S. Pablo. Traed, os ruego, á la memoria la conducta del patriarca Jacob con su hermano Esaú. Para calmar la ira de éste se arma de mansedumbre y de paciencia, peregrinando por mucho tiempo, como reflexioná S. Ambrosio, y por este medio logra no solo la reconciliacion con Esaú, sino las bendiciones de Dios. Ni olvidéis la suavidad con que toleró David las maldiciones de Semé, y los sanguinarios atentados de Joab. Injuriado por sus enemigos, ¿cuántas veces decía este rey pacífico: quién tuviera á las como

la paloma para ir á buscar en la soledad la quietud, la paz y el descanso? ¿Mas á qué fin exemplos extraños teniendo á la vista el exemplar de la verdadera mansedumbre en Jesucristo, y la mas perfecta copia de este divino original en María su santísima Madre? Jesucristo paciente, manso y humilde, sufre la persecucion y el destierro; y María, conforme en todo y resignada con la voluntad de Dios, tolera con espíritu dulce y pacífico todas las aflicciones inseparables de una persecucion tan violenta, y de una fuga tan expuesta á los peligros y trabajos.

Dichosos vosotros, señores, si sabéis aprovecharos de tan saludables documentos. Dichosos, si sabéis poseer vuestra alma en la paciencia. Dichosos, si sabéis dar lugar á la ira, para evitar sus funestos efectos. Cesarán entonces las discordias, las enemistades, las blasfemias, las venganzas, las muertes violentas, y otros muchos atentados en la república.

Florecerá la paz y la concordia en las familias, la caridad entre los hermanos, y la reconciliacion entre los enemigos. ¿Qué mas? Sereis bienaventurados, segun las escrituras, en la tierra y en el cielo; en la tierra, por la tranquilidad y paz que gozaréis en el alma si sois mansos y humildes de corazon; y en el cielo, porque conservando por medio de esta virtud la union y la caridad fraterna en el mundo, alcanzaréis las promesas eternas.

¡O Madre dolorosísima! vuestros hijos adoptivos, perseguidos de muerte eterna por el comun enemigo, que continuamente nos rodea para devorarnos, nos acogemos á vuestro patrocinio. Desterrados y peregrinos en el Egipto de este mundo, padecemos la mas dura violencia de parte de nuestra concupiscible é irascible. Afligidos en este valle de lágrimas, suspiramos como los israelitas sobre las márgenes de los rios de esta infeliz

Babilonia por la celestial Jerusalem. Mas las duras cadenas de nuestros pecados nos impiden esta marcha. El espíritu de ira y de furor nos arrastra al precipicio eterno. ¿Quién ¡ó Madre nuestra! nos desatará de estas fuertes ligaduras, si nos falta vuestro patrocinio? ¿Quién iluminará las tinieblas de este Egipto, si vos no nos servís de columna de luz? Conocemos que somos indignos; pero somos hijos de vuestros dolores. Compadecead nuestra miseria, pues llegamos á vuestros pies arrepentidos. Desde el trono de vuestra grandeza arrojad sobre nosotros una mirada favorable. Alcanzadnos mansedumbre y espíritu de afabilidad cristiana, para que viviendo en paz, en amor de Dios y en caridad sobre la tierra, merezcamos las promesas eternas. Amen. DIXE.

DIA III.º

PÉRDIDA EN EL TEMPLO.

Fili; quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus, et ego dolentes querebamus te.

Luc. II. 48.

¡Hijo! ¿cómo has hecho esto con nosotros? tu padre y yo te buscábamos llenos de dolor.

SEÑORES:

Estas palabras de reconvección y sentimiento, dichas por nuestra gran Reyna á su santísimo Hijo en ocasión de haberle hallado en el templo de